

1. Dos cosas indican la universalidad: la totalidad de todas las tradiciones, y una ley de desarrollo progresivo, de dilatación permanente, cuyos dos elementos posee la Iglesia en el mayor esplendor.

Que posee la totalidad de las tradiciones, y que desde su cuna ha profesado la misma fe, resalta de la unidad, su predicado distintivo é inalienable. En efecto, si admitimos un vacío, ó la menor falta de los elementos que constituyen su símbolo y legislación evangélica, echaríamos por tierra la unidad de dogma, de moral y de culto.

Tiene, además, un principio de desarrollo expansivo, hecho inmenso, que domina y llena los oráculos de la antigüedad, y cuya divina energía no ha podido ni podrá nunca comprimir fuerza humana alguna. ¡ Con qué delirante entusiasmo, con qué trasporte de alegría, no han celebrado los profetas esta increíble expansión de la esposa de Jesucristo! Escuchemos los acentos del rey Profeta: «Tú eres mi hijo; yo te engendré hoy: pídemme, y te daré las naciones por herencia y los confines de la tierra por imperio. Las hijas de Tiro te harán presentes, y los señores de los pueblos implorarán tus miradas. Tu raza será eterna, y tu trono como el sol en mi presencia. Extenderá su dominio de un mar al otro, y desde las márgenes de los ríos hasta las extremidades del mundo. Los Etiopes se prosternarán delante de él, y sus enemigos morderán el polvo. Todos los reyes de la tierra le adorarán, y todas las naciones se encorvarán bajo su cetro... En él y por él, serán benditas todas las tribus de la tierra.»

Oigamos ahora los acentos del hijo de Amós: «¡ Cuán bellos son, exclama Isaias, cuán bellos son sobre la montaña los pies de aquel que anuncia la paz, y que predica la salvación, diciendo: Sion, tu Dios reinará; el Señor ha extendido su brazo á la vista de todos los pueblos, y todos los pueblos de la tierra verán la gloria de nuestro Dios! Yo vengo, dice él mismo, á reunir todas las naciones y todas las lenguas. Vendrán y verán mi gloria; levantaré una señal en medio de ellas, y enviaré á los que han sido salvados al África y á los pueblos de flechas.»

¿Es eso una pura visión, una mirada profética sobre el lejano horizonte del porvenir, ó más bien, la narración de un acontecimiento realizado?

Y en los éxtasis de Daniel, ¿qué significa esta piedra, que tiende sobre el polvo un gigantesco simulacro? Allí se revelan los altos destinos de la Iglesia. En efecto, ella verá pasar y morir; será testigo de todas las decadencias, de todos los funerales; verá pasar y morir las monarquías antiguas de los Asirios, Persas, Griegos y Romanos, y su

imperio marchará siempre engrandeciéndose en medio del inmenso naufragio de siglos.

Mas ¿cómo se cumplirán tan admirables maravillas? Hélo aquí: Envió al Espíritu Santo, el divino Paracleto, y la faz de la tierra será renovada como para una segunda creación. La Iglesia se hará semejante al árbol secular, donde los pájaros del cielo vendrán á anidarse. Perseguida en los primeros días, sufrirá persecuciones, tan violentas como vanas: sus hijos serán arrastrados á la muerte; los reyes y los pueblos se ligarán contra el Señor y contra su Cristo; pero Aquel, que habita en los cielos, se reirá de sus proyectos insensatos, y, según su promesa, dará á su Hijo las naciones por herencia.

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, el Hijo de Dios descendió entre nosotros, é imprimió á la sociedad, de la cual él es el jefe, el magnífico carácter de progreso universal. ¿Veis la levadura que hace fermentar la pasta? ¿este banquete abierto á todos los transeuntes? ¿este grano de mostaza que se hace un gran árbol? Admirables imágenes, que figuran la prodigiosa expansión de la fe católica; inmenso redil, donde se acogerán Oriente, Occidente, Norte y Mediodía. Así lo ha dicho Jesucristo: «Tengo otras ovejas que no se hallan aquí, y es necesario que yo las traiga; oirán mi voz, y no habrá más que un pastor y un rebaño.» Jamás ha hablado así la filosofía á sus adeptos, porque no sintieron los divinos ardores de la caridad expansiva.

Escuchad cómo invistió á sus primeros discípulos de su elevadísima misión: «Id, é instruid á todas las naciones; predicad el Evangelio á toda criatura.» ¿Lo habeis oído, pobres pescadores de Genezareth? Arrojad ahora vuestras redes sobre el género humano. El Espíritu Santo descendió sobre ellos; la gracia del apostolado operó una revolución completa en sus almas; y partieron con una cruz de madera en la mano á la conquista del universo. Desde entónces, desaparecieron los Griegos, Bárbaros y Romanos, las barreras nacionales para la Iglesia, y los límites que coartar pudieran su acción regeneradora, y se universalizó en su predicación, en su jerarquía y en su signo redentor.

Universal en su predicación.

Los ecos del mundo entero han repetido los puros acentos de la palabra católica: *In omnem terram exivit sonus eorum*. Seguid estas voces inspiradas al través de las ruinas de los tiempos, y notaréis, que, semejantes á las olas del Océano, ensanchan su círculo radioso á medida que se adelantan.

En este momento, cubren con su ruido majestuoso las playas civilizadas, y las islas lejanas donde divagan tribus errantes.

Universal en su jerarquía.

La Roma de los césares reinaba por la espada y fuerza brutal: sus águilas sanguinarias sembraban por do quiera el terror y el espanto. La Roma de los Pontífices reina por la mansedumbre y los lazos de una caridad divina. En cuantos puntos se planta su glorioso estandarte, aparecen de repente el orden, la paz y la dicha. ¿Dónde, pues, ha dejado de enarbolarse su bandera brillante? ¿Quién puede contar el número de obispos enviados del Capitolio cristiano á todas las regiones del globo?

¿Quién podrá enumerar las conquistas de tantos ardientes propagadores de tan fausta nueva? Se consiguen con mayor rapidez, y son más extensas que las de Alejandro y César. Cuando los hijos de los apóstoles llegan á un país, deponen todo afecto egoísta, reemplazándole por la caridad. A su proximidad, el corazón se dilata, y se respira suavemente en una atmósfera nueva. Confesémoslo para edificación y consuelo de todos. Roma solamente tiene una propaganda, propaganda de luz, de vida y de caridad fraternal; propaganda de civilización, de progreso, de adelanto social en la carrera de la perfectibilidad. ¡Ah! si le fuera dable realizar sus votos, el universo entero formaría en breve una sola y edificante familia. La vuestra, utopistas y soñadores de teorías políticas y de formas gubernamentales, es una propaganda de anarquía, de desorden y destrucción.

La universalidad del signo redentor ¿quién se atreverá á negarla? Bajo el reinado de Tiberio, la Cruz era el suplicio ignominioso de las sociedades idólatras, de los hombres estigmatizados por la justicia humana, el cadalso vergonzoso de los esclavos.

Pues bien; porque el mundo era esclavo, Jesucristo quiso morir sobre el suplicio de los esclavos; y el árbol patibular, el árbol de oprobio, divinizado por el Salvador, se ha convertido en glorioso signo, en el estandarte civilizador de los pueblos. Domina el trono de los césares, y brilla en lo más elevado de nuestros chapiteles góticos y sobre la diadema de los reyes. El valiente la lleva sobre su pecho; y su más bella recompensa, su verdadero título de honor, es; ser condecorado con ella sobre el campo de batalla.

2. La universalidad expansiva es, además, la cualidad distintiva, la propiedad comunicable de la Iglesia católica, que las sectas, de cualquier especie que sean, no pueden pretender, sobre todo, constituyendo como constituye la expresión, el desarrollo de la unidad del dogma, de culto y de moral, de cuyas prerogativas y atributos carecen, como lo hemos demostrado, todas las sectas habidas y por haber hasta la consumación de los siglos.

El paganismo no soñó jamás el progreso universal. ¿Cómo hubiera podido pensar en él, circunscrito que estaba en el círculo estrecho de la familia, de la ciudad, temblando sin cesar ante los caprichos del hombre y de los intereses de la política?

El judaísmo tampoco ha dado paso alguno de dos mil años acá. Es hoy lo que era en tiempos de Vespasiano. No conoce más ley que la del egoísmo, ni más vida que la de los intereses materiales. Encuéntrense los judíos donde quiera que hay una moneda de oro que poder ganar, donde hay un alimento á la avaricia. Han amontonado riquezas, y actualmente tienen un rey de finanzas, cuyo oro pesa más en la balanza europea, que la terrible espada de los emperadores. Pero, el oro no da la universalidad. ¿La buscaremos en el imperio de la media luna? ¿Hay allí, por ventura, plenitud de verdades reveladas? ¿Un principio de dilatación progresiva, que se desarrolla en la esfera de una jerarquía central? ¿Tienen un jefe supremo con poder absoluto en el orden divino? ¿Qué pensaríais de una cruzada turca, emprendida por el gran sultán, para someter al Alcorán todas las naciones de la tierra? El islamismo es un mudo, un degradante simulacro de religión levantado sobre un pedestal de lodo: su última hora no está lejos, y ningún brazo humano, aunque fuese el del mismo Mahoma, no podrá impedir, que se estrelle contra el inevitable escollo de la civilización europea.

Respecto á las sectas cismáticas de Oriente, se hallan fraccionadas, divididas al infinito por la ley inexorable del individualismo. Dejemos esas iglesias bastardas sin elementos de unidad. ¿Han pensado extenderse por un proselitismo general esos miembros cortados, que ni siquiera han logrado formular un símbolo común? Al contrario, permanecen inmóviles, monótonas y sin vida, como esas piedras tumulares que cubren cadáveres. Si se anunciase de repente, que al czar moscovita le había dado el capricho, de someter á todos los hijos de la Europa católica, al pensamiento político-divino de la autocracia, provocaría á risa, tan ridícula parecería semejante nueva.

El anglicanismo, con su Sociedad bíblica, no resolverá jamás el problema de la universalidad. ¿Ha sido acaso á los viajeros del comercio de Londres á quienes se dijo: ¡Id, y enseñad á las naciones?... Harto conocido es hoy el celo de esos propagandistas, sacrilegos instrumentos de la política egoísta y material de la Gran Bretaña. Esos apóstoles son mantenidos y pagados; dáseles un tanto por cabeza, hé ahí su sacrificio.

Digamos de paso algunas palabras de los cultos nacidos de la reforma. Esos cultos llevan el sello indeleble de nacionalidad. La nece-

sidad de vivir un solo día, los obliga á encorvarse ante el poder temporal, y la inercia de la servidumbre no es la fuerza espontánea que engendra el celo propagador. Así, nunca ha concebido el designio de saltar los muros de hierro, donde la espada los retiene prisioneros. Allí están temblando, bajo la tiara del soberano, cuyo orgullo, despotismo y libertinaje, han canonizado alguna vez... Además, toda iglesia nacional es una iglesia atea. Sus creencias móviles y dudosas varían, según los caprichos del hombre. Es necesario creer lo que éste, reconocido por representante de Dios, quiere hacer creer. La vida social, la vida moral, sigue los intereses de su ambición; y en este caso, todo tiembla, se desquicia y perece. Ved á la Inglaterra, como se esfuerza en apagar la anarquía religiosa que la devora; y á la Irlanda, que ha permanecido fuerte en su fé, pedir cada día cuenta á sus tiranos, de la ignominia con que los esclaviza. La voz de O'Connell, voz de la Religión y de la patria, no quedará estéril, á buen seguro, pues que la ley de la caridad debe cumplirse, más ó ménos tarde, en el universo, y el catolicismo derribará, en un día cercano, las impotentes barreras de la fuerza brutal. Por todas partes, en efecto, se manifiesta en la conciencia protestante una tendencia ó movimiento hácia el centro de unidad, hácia la Iglesia católica. Y así debe ser, porque en ella sola se halla el paladion del poder y de la obediencia; sola ella puede salvar el orden y fundar la libertad.

¡Ah! si los hijos pródigos de la familia europea, cuyo vuelo cristiano se halla comprimido, abriesen, en fin, los ojos á la luz, y volviesen de las playas assoladas por la mentira y la servidumbre; ¡ah! si volviesen á la casa paterna, donde les espera un vestido de gloria,... tan fausto día, seria uno de dicha y libertad, día de bendición y de misericordia, que realizaria el texto sagrado: *Erit unum ovile, unus pastor*. Vivimos en época, en que una inquietud vaga, inmensa, un estremecimiento secreto, agita al mundo hasta en sus entrañas. Óyense rumores sordos, rumores lejanos, que se avanzan como los vientos del cielo, como si fuesen signos precursores de algun grande acontecimiento. Nosotros, para quienes el nombre de Dios no es una letra muerta en la historia, vemos la mano de la Providencia en esas remotas conmociones, inspirando el ardor que notamos en las creaciones del genio humano; para vencer los obstáculos del tiempo y del espacio, acercar á los pueblos, borrar las distancias que los separan; mientras que, por otra parte, desquicia el edificio de Lutero, de Calvino y de Enrique VIII, para consumir su eterna ruina. En efecto, muy pronto seremos testigos del aniquilamiento de las distancias; y cuando presenciemos, que un día basta para trasportarse á San Pe-

tersburgo, y una semana para ir á la capital del celeste imperio, á Pekin, entónces, el elemento católico dará la vuelta al mundo en pocos días, é impelido por los vapores, volará pronto y ligero como el relámpago, y plantará la Cruz en todas las extremidades del mundo.

¡Hijos del industrialismo, marchad! la Religión os bendice. Unid y entrelazad esas masas de hierro; el carro de la verdad universal tomará allí asiento al lado de la avaricia. La fé y la caridad, deslizándose por esos rápidos carriles, irán á regenerar y civilizar las hordas salvajes. Y sino, decidme: ¿por qué los Romanos abrieron, dos mil años há, las vias que de Roma comunicaban con toda la Italia, con las Galias, España, Africa y Asia?... ¿Por qué, algunos siglos ántes, Alejandro abrió un camino hasta el Ganges? ¿Cuál era el objeto del pueblo, rey, del vencedor de Darío? el de asegurar sus conquistas, enriquecer la metrópoli con los productos de las colonias, y establecer comunicaciones prontas y fáciles: mas, sin pensarlo, sin quererlo, se hicieron instrumentos de la Providencia. La gracia debia pasar por donde las falanges y legiones habian dispuesto la via, facilitando así su majestuoso curso.

Terminemos, pues, afirmando, que la universalidad pertenece exclusivamente á la doctrina católica, y que este privilegio constituye un hecho sobrenatural. Siendo Dios inmenso, la religión, que manifieste sus propiedades, debe ser universal; y cualquiera religión que no produzca esta manifestacion del infinito, sucumbirá, tarde ó temprano, como un pensamiento individual, ó un sistema religioso de invencion humana. La historia de cuatro mil años es una prueba incontestable de esta consecuencia; patentiza, con caracteres indelebles, que todas las sectas se dividen y fraccionan, en razon de los esfuerzos que hacen para extenderse.

Esta ley de inestabilidad ¡ataca, por ventura, la obra de Jesucristo? Ciertamente, nó: «Id, y evangelizad las naciones; mi palabra no sufrirá jamás la menor alteracion.» Pues bien; diez y ocho siglos han trascurrido, desde que el Salvador del mundo dió esta orden, é hizo esta promesa á sus discípulos, y, sin embargo, no se ha variado todavía ni un solo acento á su letra; por el contrario, la Iglesia adquiere mayor brio, se hace cada vez más compacta, á medida que se universaliza. Tal es el gran prodigio, el milagro eterno de su divina universalidad.

IGLESIA.

(SU INMUTABILIDAD.)

V.

Jesus Christus heri, et hodie: ipse et in sæcula.

Jesucristo el mismo que ayer, es hoy: y lo será por los siglos.

(HEB. XIII, 8.)

Un gran movimiento se ha realizado, de medio siglo acá, en el mundo político y social. El gobierno ha cambiado de personas, los honores ciñen á otros personajes, la fortuna ha pasado á otras manos: nuevas generaciones levantadas, llenas de ardor é inteligencia, recorren las carreras de la administracion, de las armas, de la industria y de las ciencias. El privilegio no contiene su marcha; y sin embargo, conmemoran lo pasado; y las prevenciones que alimentan contra un orden de cosas, que les tenia relegados del poder, de los honores y de la fortuna, los ponen en guarda contra el principio religioso, acusándolo de complicidad con los antiguos sistemas. So pretexto, de que todo cambia y se modifica en el trascurso de los tiempos, si no dicen á la antigua Religion que levante sus tiendas y las fije bajo otros cielos, donde el movimiento de la ideas sea ménos rápido, y el encadenamiento de los negocios ménos imperioso, al ménos pretenden, que la Religion se humanice y acomode á lo que llaman exigencias de la nueva situacion.

Los defensores de tan funestas teorías se encuentran en la prensa, entre los publicistas y economistas de la época: desgraciadamente, encuentran eso en medio de un mundo, más instruido en la ciencia de los negocios, que en la ley de Dios; más hostil á las obligaciones que esta ley nos impone, que reconocidos á los bienes que su observancia derrama en toda la sociedad.

Aquí creemos muy oportuno, queridos hermanos nuestros, prevenirós contra esas insinuaciones peligrosas á vuestra salvacion, y per-

judiciales á vuestra felicidad; recordándoos, que no toca ni á vosotros ni á nadie, innovar ni modificar la religion; que las reglas de la fé y de las costumbres son invariables como la verdad y la justicia; y que os engañan miserablemente, persuadiéndoos, que vuestros intereses y los del orden social actual reclaman de la Iglesia católica concesiones ó reformas. Lo demostraré, despues de pedir los auxilios de la gracia. A. M.

1. ¿Cuál ha sido la base de la enseñanza católica, despues de diez y nueve siglos? *Jesucristo, Dios, hecho hombre*; para mostrar al mundo, por sus ejemplos y por sus lecciones, el camino que conduce al cielo, sabiduría encarnada, para establecer el reino de la verdad, que debe extenderse sobre todos los pueblos, y responder ó servir á todos los tiempos. *Jesus Christus heri, et hodie: ipse et in sæcula*. Los apóstoles y sucesores no son más que los ecos de aquel, que ha venido á regenerar el mundo por su palabra, por su sangre; los depositarios de su doctrina, que deben transmitir de generacion en generacion hasta el fin de los siglos.

Así es como la Iglesia ha comprendido siempre su mision celeste, y cuando el error ó la novedad se sembraron en el campo que ella cultivaba, no quiso, para condenarlos á la muerte, sino probar su oposicion fragante con la tradicion. «El carácter más inseparable de la verdad es ser siempre la misma, dice Tertuliano; el bien y el mal tienen su inmutabilidad en la de Dios, que glorifican ó ultrajan: su sabiduría, su santidad, su justicia, son las solas leyes eternas que tenemos para reglar nuestras costumbres; y no pertenece á los hombres de modo alguno cambiar, segun su voluntad, lo que los hombres no han establecido, y es más antiguo que ellos mismos.» En seguida, volviendo sus armas contra los desertores de las tradiciones apostólicas, contra los novadores de su época, ¿qué dice para quitar la máscara á las herejías, y quemar la cizaña, que pretendia invadir el campo del padre de familia? Un solo principio puso: «Sois de ayer, acabais de nacer; ántes de ayer, nadie os conocia: luego, no venis de Jesucristo, no venis de Dios; luego, no sois la verdad. La fuente de la vida está en el Calvario, sus canales fueron los apóstoles; á ellos fué dado abreviar al mundo de las aguas, que manan del Salvador hasta la vida eterna; á sus legítimos sucesores, perpetuar este santo y noble ministerio: pero vosotros, que no remontais á Pedro ni á Pablo, ¿quiénes sois, quién os ha enviado, quién os ha marcado con el signo de salvacion para las generaciones que os rodean?»

La Iglesia se halla hecha el blanco de los filósofos, que lisonjean

las pasiones de la multitud; de los novadores, que, bajo la apariencia de la virtud, alguna vez severa, con frecuencia desmentida por sus actos, quieren levantar sus templos sobre sus ruinas, ó, cuando menos, fuera de los fundamentos puestos por Jesucristo, y en fin, de las pasiones, que siempre ha reprobado por ser contra la dignidad del hombre, de la santidad de Dios y de la ley de que es guardiana.

Atacada por tantos enemigos, ¿qué hace la Iglesia para defenderse? Ha refutado los errores de la filosofía, anatematizado á los innovadores; y cuando las pasiones pretendieron justificar sus extravíos, fiel á sí misma, la Iglesia ha respondido siempre, que era imposible decir, que el mal era el bien, y que el bien era el mal: repite el eterno *non licet* de Juan Bautista á Herodes. Entónces, nuevos Herodes abren los calabozos, desenvainan la espada, pegan fuego á las hogueras, y desencadenan los leones contra los cristianos. Ya sabeis cómo los confesores fatigaron á sus verdugos, y cómo la sangre de los mártires fué la simiente de este gran pueblo católico, cuyos descendientes sois. Seguid á la Iglesia, recorriendo su carrera al través de los siglos, y la vereis siempre mostrando su frente majestuosa á la altura de los huracanes, llena de fé y de confianza en Aquel, que le ha prometido sostenerla hasta al fin.

A fines del siglo pasado, despues de un siglo de esfuerzos increíbles, consagrados por el genio del mal, para arrancar hasta el gérmen las antiguas creencias; algunos hombres, que se creían sábios y virtuosos, quisieron, en una nacion vecina, constituir un sacerdocio sobre nuevas bases; y á la vez que aparentaban respetar, al ménos en gran parte, la enseñanza del dogma y de la moral, lo destruían descaradamente, modificándolo segun sus absurdas utopias. Pues bien; los sacerdotes fieles, con el episcopado á su cabeza, siguiendo el consejo evangélico, partieron desnudos de todos los bienes de la tierra, pobres, á pedir con riesgo de sus vidas el pan de la limosna á las naciones extranjeras, rogando por una patria que los renegaba; y los que de sus hermanos creyeron más prudente permanecer, ofreciendo á los fieles los socorros de la Religion en aquellos dias de prueba, dieron testimonio, que los hijos, que los ministros de la verdadera Iglesia, saben siempre morir por conservar en toda su integridad el depósito de la fé.

Mas ¿para qué recordar el pasado? ¿Qué hace la Polonia quince años há, qué hace la Irlanda durante tres siglos? La una, bajo el yugo de hierro de un déspota que la decima, y la otra, bajo la opresion de una iglesia rival, que busca en sus excesos la justificacion de su apostasia, perpetúan, causando la admiracion de la tierra y del cie-

lo, la máxima inmortal del Apóstol: ¿Quién podrá separarnos de Jesucristo? Nadie, en efecto; estoy convencido que ni la vida, ni la muerte, ni poder alguno podrá arrancar de nuestros corazones el amor que profesamos á la ley de nuestro Dios. Lo mismo sucederá hasta el fin de los siglos, porque nuestro divino Salvador no ha dejado á nadie, el derecho de cambiar lo que ha establecido, de modificar los dogmas que él ha enseñado, las leyes que ha dado, las reglas que ha prescrito; y nadie puede tocar impunemente el arca santa con mano sacrilega y temeraria.

No, potestad humana alguna tiene el derecho de decirnos: Estais ahora emancipados de la ley de vuestro Dios; podeis deponer el yugo de sus mandamientos, dejar para otros el cuidado de orar y adorar en su templo en los dias consagrados á la oracion; dejad á otros la justicia, la castidad, la caridad; á otros, la confesion anual, la comunión pascual. Si, profanadores de nuestros misterios, nosotros mismos, un ángel, bajado de los cielos, os anunciásemos un Evangelio diferente del que os hemos predicado, que el ángel y nosotros seamos anatematizados. Así exclamaba tambien un orador célebre: «En medio de los cambios de las costumbres sociales, la ley de Dios permanece siempre la regla inmutable de las costumbres y de los siglos. El cielo y la tierra pasarán, pero las palabras de la ley santa no pasarán jamás.»

2. Mas, aún cuando estuviese en nuestras atribuciones crear un código religioso, reformar el que hemos recibido, ó suspender sus obligaciones, ¿deberíamos hacerlo? Ciertamente, nó; porque el código sagrado de la legislacion católica responde admirablemente á las necesidades del órden social, y presenta exclusivamente el solo remedio eficaz á los males inherentes á nuestra condicion. El órden social descansa, en efecto, sobre las relaciones de familia; y los ciudadanos, entre sí, sobre las relaciones recíprocas del poder con la familia y los ciudadanos. ¿Quién de nosotros ha conocido la ley evangélica, y podido negar su respeto y reconocimiento á su divino Autor, cuyos preceptos y consejos consagran todos los derechos, establecen todos los deberes y concilian todos los intereses? ¿Quién de vosotros ignora, la sabiduría que encierra, las preciosas garantías de paz, de amor, de fidelidad, esos lazos sagrados é indisolubles, que unen el hombre á la mujer al pié del altar, en presencia de Dios, que debe juzgarles? No tendrán en adelante más que un corazon y un alma, *porque no son más que una sola carne*. ¿Quién ignora el respeto, la ternura, la obediencia, que la Religion, añadiendo nueva fuerza á los sentimientos de la naturaleza, santificándolos, prescribe á los hijos hácia los autores de su existencia? En este punto, parece que el divino Le-

gislador habia temido, que la recompensa reservada en los cielos, no tuviese una accion suficiente sobre unos corazones inclinados hácia la tierra, y bendice, desde este mundo, al jóven que haya comprendido y practicado este deber: *Honra á tu padre y madre, á fin de que vivas largo tiempo sobre la tierra, que el Señor tu Dios te dará.* El hijo, no solamente es un fruto precioso para los padres, que la Religion consagra, sino que es, además, el Hijo de Dios por adopcion, el coheredero de la gloria de Jesucristo: bajo este título, el hijo, repetimos, es un objeto de tierno afecto, porque no hacen con ellos los padres más que una persona moral, que será su brillante corona de la inmortalidad. Pero, lo que más nos interesa en la organizacion social formada por la Religion, es ver á un Dios hacerse salvaguardia de los que nos parecen más extraños. Conoce nuestra naturaleza egoista, y á esos corazones, que se cerrarian al grito de la necesidad y del sufrimiento, cuando el paciente no les está unido por lazo particular alguno. Entónces, Dios mismo toma en sus brazos esta débil y pobre criatura, la eleva hasta su altura, presentándonosla como su propio hijo, á fin de que la amemos como á nosotros mismos, porque lleva sobre su frente los signos de la humanidad, la imagen de Dios. Sin embargo, el hombre que sufre, no es el hijo de vuestro abuelo, no se abriga bajo vuestro techo, no habita la ciudad, ni ha recibido el sér bajo vuestro cielo; mas, entre los hijos de Dios, no hay griego ni bárbaro: poseemos un padre comun, que nos volverá ciento por uno del bien que háyamos hecho al más pequeño de los suyos. No hay tampoco esclavos entre nosotros. ¡ Ah! vosotros, que estáis destinados á soportar el peso del día y del calor al servicio de otro; vosotros, á quienes el pan de cada día no llega sino con el sudor de vuestra frente; no olvideis, que Dios, Salvador, ha querido nacer en vuestra condicion, que se sometió al que no era más que su custodio, que ha obedecido hasta la muerte, y dicho por el príncipe de sus apóstoles: que la sumision respetuosa es un deber, no solamente hácia el amo bueno y moderado, sino tambien hácia el que abusa de su autoridad: le obedecereis siempre que nada os prescriba contra la ley del Señor, ó contra los preceptos de su Iglesia: firmes é inebanlables cuando sea cuestion de los sagrados intereses de vuestra eternidad; mas, respecto á lo demás, soportad con paciencia lo que tenga de penoso la obediencia, sufriendo su injusticia por el amor de Dios, que es una gracia muy señalada que Dios concede á sus elegidos.

En la comparacion de estos deberes y principios hallaréis, amados hermanos míos, la sola solucion posible á tan espinosa y terrible

cuestion, que parece engrandecer cada día, respecto del pauperismo á la riqueza, del amo al obrero. Es evidente, asimismo, que el día en que la Religion católica recobre su imperio sobre las inteligencias y sobre los corazones, se resolverá el problema conforme á la ley de Dios, y que la grande familia humanitaria entónces no tendrá que luchar sino contra los males inseparables de nuestra naturaleza, que la fé consuela siempre, y que la esperanza hace muchas veces preciosos y amados á las almas escogidas.

Ultimamente, sobre estas condiciones unidas por la necesidad y la caridad, se eleva el poder encargado de velar á su conservacion, y en esto, como en todas las cosas, aparece especialmente el dedo de Dios. El hombre, igual al hombre por naturaleza, debe ser mandado por el hombre. ¿Quién lo revestirá de poder y de autoridad? Aquel de quien todos procedemos. Tal es, porque el Señor, constituyendo la jerarquía social, se coloca él mismo en el grado más elevado; y desde allí, como del trono de su omnipotencia, ora sea que quiera castigar á los pueblos en su justicia, ó hacer resplandecer sobre ellos sus misericordias, distribuye á quien quiere los cetros y las coronas. Los que las obtienen son sus mandatarios y sus representantes en medio de los pueblos; y como todo poder viene de Dios, segun el Apóstol, á ellos les es dado el tributo y el honor. Así es, que, á los ojos de la Religion, el hombre constituido en dignidad, se halla revestido del manto de la dignidad, desapareciendo, en su virtud, sus debilidades é imperfecciones bajo una auréola casi celeste, que autoriza, dice Bossuet, el culto de la segunda Majestad. Pero, que los grandes y poderosos cuiden vigilantemente de no envanecerse por la gloria prestada que les rodea; que no olviden, que el poder les ha sido confiado en obsequio de los pueblos; que pesa sobre ellos una inmensa responsabilidad; y que el castigo del tirano será proporcionado al abuso que habrá hecho de su poder.

En presencia de estas doctrinas, que remontan hasta Jesucristo, atravesando diez y ocho siglos sin la menor alteracion, podemos concluir, que la Religion santa, á cuyos ministros tenemos el honor de pertenecer, no ha olvidado nada de lo que debe constituir el orden social en la familia, en la ciudad y en el gobierno. Si existen abusos y desórdenes, que caigan sobre los que desconocen nuestros principios, y han querido sustituir su propia sabiduría á la sabiduría de Dios, y no sobre una religion, que, bien observada, nos haria felices en la tierra y despues en el cielo, que os deseo.